

ALBERTO DANGOND URIBE, LA POLÍTICA, EL AMOR Y LA CULTURA

ROBERTO HERRERA SOTO

RESUMEN

Estas reflexiones sobre *La política, el amor y otros textos*, de Alberto Dangond Uribe, se relacionan con los vínculos entre varios temas que van de la política nacional e internacional al campo de las letras, la filosofía, los aportes de los grandes ideólogos y los acontecimientos importantes del siglo veinte. Pasa del ámbito nacional de la literatura al área grecorromana y europea para integrarse dentro de la civilización occidental. Habla de las revoluciones modernas e incita a la paz de los espíritus según la doctrina de Gandhi. Por último, hace la apología de Francisco el Hombre, una figura mítica del folclor colombiano, bajo un nuevo enfoque.

ABSTRACT

These reflections on *Politics, Love and Other Texts*, whose author is Alberto Dangond Uribe, pretend different subjects involving national and internatio-

nal politics in the field of literature and philosophy such as the contributions of the great thinkers and the important events to the twentieth century. It goes beyond the context of national literature to the greek, roman, and european culture becoming an integrated part of western civilization as a whole. The author analyses modern revolutions and insists on the peace of spirit taught by Gandy. He concludes by telling the story of Francisco el Hombre ("Francisco the Man"), a mythical figure of the Colombian folklore, under a new approach.

PALABRAS CLAVES

Literatura nacional, escritores clásicos, historia europea, revoluciones modernas, futuro latinoamericano.

KEYWORDS:

National literature, classical writers, european history, modern revolutions, latin-american future.

Solo el amor equilibra el destino.

—Juan Pablo II

Escritor, comunicador, viajero

Cada país tiene una continuidad de reservas humanas en el devenir de las generaciones. Unos se quedan a la orilla del camino y otros avanzan con paso seguro. Alberto Dangond Uribe ha surgido en Colombia por el esfuerzo sostenido de su carácter y su voluntad. La observación y la reflexión, fuentes de donde extrajo los matices de un mundo

contradictorio, casi imposible de concretar en cada uno de sus aspectos, le ayudaron con generosidad. En esa línea se mantuvo entre el ir y venir de los acontecimientos contemporáneos. Hubo de estudiar los sucesos, apoyados en ideas extremas o en la voracidad de los imperios con incidencias en el destino de muchas naciones. La complejidad de tales circunstancias fue desatándola con calma y con paciencia de investigador.

Igualmente, creyendo en el poder del pensamiento, es decir, en las lecciones de

Aristóteles, Platón, Tomás de Aquino y los eminentes juristas y filósofos de la civilización occidental, pudo organizar las premisas y las bases del criterio suyo. A la vez que sentía atracción por el Derecho y la política, las letras las llevaba en las venas. Sin embargo, encontró ciertas dificultades en la integración de todos esos factores porque estaba en busca de un conocimiento global. El anhelo de expulsar los demonios interiores que le confundían, le sirvió para imponerse una disciplina. Con rigor cumplió la tarea quitándole horas al sueño.

Fue juez. Protestó por el estado de miseria de las cárceles. Esa inhumanidad se convirtió en la prensa nacional en una batalla o polémica entre periodistas, profesores y juristas. También se desempeñó en cargos de elección popular y se mostró partidario de la Corte Penal Mundial.

En sus travesías por el mundo, conoció mejor otros ambientes y estilos de costumbres y opiniones. Profundizando en la historia de Europa, Rusia, China, Japón y, después, Alemania, España, Francia, Italia e Inglaterra de modo individual, se hizo dueño de una biblioteca extensa como de un arsenal de películas históricas para sus programas de televisión. La seriedad de cada

emisión amplió a miles y miles el número de televidentes. Fue entonces cuando lo compararon con el venezolano Arturo Uslar Pietri, director de otro programa de televisión de elevado contenido cultural.

Los viajes psicosociales a lo largo de muchos países y los acercamientos a la historia del siglo XX a través de la pantalla chica, le facilitaron y permitieron la conformación de un puente intelectual, entre continentes y civilizaciones de hoy, a la manera de un calidoscopio que comprendía la unidad y multiplicidad del mundo. El hecho de salir de un país sin pretensiones planetarias en la política internacional, lo convirtió en un publicista selecto. Tanto las afinidades como las disimilitudes existentes en las corrientes del pensamiento histórico-político de las superpotencias, como de las naciones en vías de desarrollo, hallaron eco en la sagacidad interpretativa de Dangond Uribe.

Siendo pragmático hasta donde la ética lo faculta, Paul Valéry en *La política del espíritu y el ideario de M.K Gandhi* le despejaron el panorama y el perfil del itinerario por transitar posteriormente. Entonces distingue que la historia es el fluir del tiempo en diferentes sentidos para los hombres, los pueblos y los continentes. Los marca con el sello de la contemporaneidad y ellos mismos mantienen el retraso o prosperan con decisión. Asimismo, se engañan los ilusos y los recalitrantes al creer que después de estar en el pináculo imperial jamás va a haber alteraciones o crisis, ya tardas o precipitadas, que conducen a la decadencia. El ejemplo de La Gran Ola, que pintó Hokusai, posee la majestad artística de la fortaleza en su comienzo, pero está condenada a deshacerse en su caída.

RESEÑA DE AUTOR

Roberto Herrera Soto. Abogado de la Universidad Nacional de Colombia. M. A. de la Universidad McGill, Montreal, Canadá (Historia y Gobierno de los países en vías de desarrollo de África, Asia y América Latina).

Ha escrito las siguientes obras: *La zona bananera del Magdalena* (Historia y Léxico); *Antología del pensamiento conservador en Colombia* (2 volúmenes); *Antología del pensamiento colombiano* (2 volúmenes), y *De Historia y Literatura* (por publicar).

También es autor de ensayos como *La Doctrina Drago; Belice ¿inglés, mexicano o guatemalteco?; Antecedentes y bases prefederalistas de la Constitución de 1991; Problemática de la gobernabilidad en Colombia; El expresidente José María Campo Serrano* (inédito), y *J. M. Cordovez Moure, cronista e historiador* (inédito).

En los libros de Dangond Uribe prevalece la certeza, la exquisitez y la sinceridad. Por tanto, el político desengañado que estuviera en el Congreso de la República cedió ante el escritor de revelaciones histórico-políticas. De ahí que en lo sucesivo se encarnó en un ideólogo del conservatismo, un historiador de asuntos internacionales y un polígrafo de envergadura. Hoy tiene una silla en la Academia Colombiana de la Lengua. La Academia Colombiana de Historia y la del Paraguay cuentan con él como miembro. De la labor de los programas de televisión por cinco lustros *Vida del siglo XX, Concurse con la Historia, Respuesta al desafío* y otros -2.500 programas-, a las ediciones de la *Introducción al Estudio de la Democracia* (1954), *Laureano, su vida es su victoria* (1962), *Charlas de Alonso Donado con el Presbítero Jerónimo* (1963), *Mi diario en la Unión Soviética* (1968), *Hacia una nueva política* (1977), *Rafael Núñez, regenerador de Colombia* (1988), *El Padre Gabriel Giraldo S. J.- La fuerza del carácter* (1987) y *La política, el amor y otros textos* (2006), en dos volúmenes, hay concatenaciones, distancias y variantes que pertenecen a diferentes órbitas del conocimiento. En ellos estudia antecedentes como sucesos y vislumbra las probabilidades históricas de acuerdo con los imperativos del momento actual.

Dentro de esa línea de estudios –nos referimos más a *La política, el amor y otros textos*, obra que estamos comentando en el presente escrito– se aparta del raciocinio de los nihilistas y los anarquistas. No en vano reprueba a los perseguidores de las tradiciones salvadoras y unitivas de los pueblos con ambiciones de salir del subdesarrollo. Tampoco desconoce las dificultades del escritor en busca del reconocimiento de su

obra. Por algo trae a la memoria a Nicolás Gómez Dávila en aquello de que la “lentitud es la matriz de la calidad” (p.138, T. I), es decir, el propósito analítico da seguridad en las realizaciones. Dangond Uribe insiste primordialmente en la política viable y asequible -sin despotismo- de conducir al pueblo hacia la armonía y la comprensión, el entusiasmo y la creación de nuevos horizontes.

La violencia la considera sepulturera de la historia. Los destinos nacionales se moldean con la fuerza moral y la justicia. Su admiración por Norteamérica la concentra en la solidez y estabilidad de las instituciones, y Gandhi se lleva todas las palmas por ser un “idealista práctico” con sentido de la victoria frente a todos los cañones que se le opusieron.

Nuestro país experimenta estas dos falencias –la inestabilidad y la poca fe en el logro de mejores días–, porque desde el siglo XIX no ha sabido conjurar esas coordenadas tan negativas. La peligrosidad y la posibilidad de sobrepasar éstas desembocan en un infortunio que nos hostiliza día a día. La tendencia a enmarañar los acontecimientos actuales con el desorden es lo caduco; el revés de la moneda apela al concierto y a la reconstrucción. Por eso, convoca el regreso a las raíces, al pensamiento bolivariano, empleando otros criterios como condición indispensable para conquistar el futuro. Siguiendo a Juan Pablo II, Dangond Uribe exalta la premisa de: “Sólo el amor equilibra el destino”. Ni corto ni perezoso, propone aunar en un haz de voluntades la política y el amor bajo la doctrina de la revolución cristiana, a fin de que prevalezcan el bien, la bondad y la concordia. La política y el amor, como artes supremas,

Se aparta del raciocinio de los nihilistas y los anarquistas. No en vano reprueba a los perseguidores de las tradiciones salvadoras y unitivas de los pueblos con ambiciones de salir del subdesarrollo.

conducen a la felicidad de las naciones, pero esto no ha sido posible por la interferencia de los devastadores exterminios y saqueos del siglo XX contra la humanidad.

Al mismo tiempo, ya como experto en la historia de Europa, entrevista y analiza la obra de Ramón Serrano Suñer, ministro de relaciones exteriores de Francisco Franco, en relación con el propósito de Adolfo Hitler de pasar sus tropas por el territorio español y bloquear el paso de los aliados por Gibraltar. Con la consigna “amistad y resistencia”, Serrano Suñer mantuvo alejados a los alemanes. En este caso los ingleses no habrían podido desplazarse al norte de África. Winston Churchill reconoció en el parlamento británico la posición de España, factor que salvó a Inglaterra de sufrir el imperio de la bota nazista en carne viva.

Las desdichas de la vida de Carmen Díez de Rivera, la hermosísima hija de Serrano Suñer, las relata Dangond Uribe con trazos impresionantes que recuerdan las tragedias griegas.

La revolución francesa, en palabras del narrador, se encumbra y marcha imponente y amargamente para cumplir su cometido en un estilo de vida y del arte. La revolución rusa tuvo su trayecto propio, el muy corto de setenta y dos años, hasta terminar en la declaración de Mijaíl Gorbachov: “La vida de la comunidad humana debe fundamentarse en la no violencia”.

Todos estos aspectos y otros no citados, son unas cuantas manifestaciones que brotan como aportes que le dan, al conjunto de los dos volúmenes, un carácter de respeto por la persona humana y su reconocimiento como portadora de valores. Esta, libre y creativa, es el estímulo para llevar

a cabo el poder decisorio de la revolución cristiana que se avecina.

II

EN EL MUNDO DE LA CULTURA EL ÁMBITO NACIONAL

Aquí la visión poética de la literatura colombiana del siglo XX es personalísima, no de análisis por temas; resulta, en cierta forma, esquemática y con tintes de anécdota. Dangond Uribe no se rige por ningún canon de exégesis literaria. El hilo que integra el conjunto de nuestra poesía radica en el amor principalmente. León de Greiff, el de

“esta rosa fue testigo
de ese, que si amor no fue,
ninguno otro amor sería...”

Colinda con Eduardo Carranza en lo de:

“salvo mi corazón todo está bien”.

Hay un hálito de amistad estrecha con Carranza y Jorge Rojas a lo largo de estas páginas. En torno a Rogelio Echavarría hace alusión a “todo es amor lo dicho y lo callado”. Y así destaca dos poetas con seudónimo X 504 (Jaime Jaramillo Escobar) y la maga Atlanta (Leonor Carrasquilla Castello). Sin embargo, cambia la relación con Arturo Camacho Ramírez, el autor de *Luna de arena*, al mostrar la Guajira como tierra de encantamiento, “que tiene labios de sal/ y espuma en las pupilas, / el corazón de yotojoro, / sangre, leche y agua indígenas”. También Aurelio Arturo deja su rastro de “los días que uno tras otro son la vida, la vida”.

Cuando se refiere al humanista Nicolás Gómez Dávila, señala su obra *Escolios a un texto implícito* como expresión de madurez de pensamiento en nuestro medio. La com-

paración con La Rochefoucault y La Bruyère es siempre válida. Este pensador se destaca por la densidad conceptual y la originalidad de sus meditaciones escritas en sentencias.

Cada frase o manera suyas constituyen una afirmación, negación o rechazo de contenido universal, y guarda relación con el estado de la cultura mundial durante el siglo XX. Se pueden considerar como logros de una mente que quiere rebajar el tono a las ambiciones desaforadas, el egoísmo y el cálculo. Con ojo de lince señaló lacras y virtudes gracias al testimonio ético-literario de su quehacer intelectual. Como autor clásico pertenece a la humanidad. Para muestra, un escolio: “Rechazar todo lo que el mundo actual predica sería presuntuoso si desde los hexámetros de Homero hasta los últimos versos de Yeats toda la literatura de Occidente no predicara lo contrario” (p. 139.T. I)

La apreciación sobre el político Gilberto Alzate Avendaño como temperamento e inteligencia, nos lo presenta en su dimensión de estilista y pensador; Fernando Botero es un gran artista “instalado en el escenario del mundo”. Laureano Gómez, sostiene, no personificó a un fascista sino a un doctrinario de la democracia con acento bolivariano y cristiano. El golpe de Estado de Gustavo Rojas Pinilla se convirtió en una decisión que carecía de lealtad humana.

Afirma que Colombia padece de “impotencia moral” (p.203.T. I) y ha venido decayendo desde el siglo XIX. Entre aciertos y desaciertos la vida nacional tiene un itinerario de convulsiones políticas y por eso perdió el territorio de Panamá. El drama de la separación resultó terrible para la conciencia histórica de Colombia. Dangond Uribe recuerda a su abuelo Antonio José Uribe, como ministro de relaciones exte-

riores, con su aporte para evitar un fracaso frente a las pretensiones norteamericanas. Todo fue inútil.

LA ESFERA GRECORROMANA

Las leyes de la conducta individual y social de los griegos rigen lo material y espiritual del hombre. La educación las orienta y las enraíza. El político, nacido de la vida comunitaria, aprueba las directrices del pensamiento y la acción. El poeta, el estadista y el sabio representan las cumbres de la cultura de un pueblo, y el esfuerzo interior de cada cual sostiene la reciedumbre de la moderación y el equilibrio. Eso enseñaba Aristóteles: el dominio espiritual.

El orden romano imprime el sentido de los límites de la autoridad. Verdad, justicia y belleza fueron motivos de perfección en virtud y sabiduría. La potestad política y el magisterio de la ley coinciden en la configuración del genio romano, obra lenta de varios siglos. “Civilización cualitativa”, la llama Guglielmo Ferrero.

A la crisis moral que padece el mundo contemporáneo, Dangond Uribe reconoce el olvido de la civilización grecorromana como manera de buscar el esplendor ético para gloria y felicidad de la humanidad en esta época de confusiones y trastornos globales. Basta, en efecto, ser hostil a la guerra y propiciar el cosmopolitismo pacífico con base en la no violencia. Ideas claras y precisas, sencillez en los sentimientos, voluntad de superación dentro de la paz apoyada por generaciones sucesivas, ayudan a forjar una atmósfera de renacimiento que tanta falta nos hace.

Cuando el autor se retrotrae al pasado clásico con la intención de mostrar los cimientos de la civilización occidental, aprovecha ciertos paralelismos históricos

para mejor proceder en las actuales circunstancias. Su platonismo insiste en la razón dominante en torno al manejo de la cosa pública. La responsabilidad del gobernante es velar por el bienestar de la ciudadanía. En relación con nuestra época presenta estas ideas de Salustio para Julio César: “El mayor beneficio que puedes procurar a la patria es sofocar la pasión del dinero o bien disminuirla... Triunfarán entonces las buenas costumbres del poder prodigioso de la avaricia” (p. 201.T. I).

Ahora que se habla de “dineros calientes” o mal habidos, aparece otra cita de Salustio opuesta a los desmanes y ligerezas de la sociedad de consumo:

Pero si el fasto llega a preponderar sobre el honor y la opulencia sobre el mérito, el corazón abandona los verdaderos principios y se entrega a la disipación. Dondequiera que las riquezas son honradas, caen envilecidos los verdaderos bienes, cuales son la buena fe, la probidad, el pudor y la inocencia. Haz, pues, en primer lugar, que el dinero caiga en descrédito. (p.117. T. I).

LA EXPRESIÓN EUROPEA

El siglo XX, centro de atención de Dangond Uribe, aparece a su criterio como el receptáculo que desarrolla el proceso de la cultura occidental y lo condensa de manera compleja. Sin embargo, parte del siglo XIX lo estudia en fragmentos culturales o zonas geográficas por determinados acontecimientos. Las alusiones al pasado merecen ser tenidas en cuenta, pues él extrae lo mejor de las tradiciones de Occidente, para recordar que tales sucesos históricos poseen un cordón umbilical

en la placenta grecorromana. Una de sus conclusiones es que a pesar de que las dos guerras europeas de 1914-1919 y 1939-1945 y la revolución rusa de 1917 a 1989 surgieron con violencia y sangre; esta última acabó sin un solo tiro de revólver. La lucha de clases y el ateísmo de esa conmoción se redujeron a cenizas. Como expresa el autor, “la doctrina marxista pertenece al pasado del mundo” (p.364-T. I).

De la literatura clásica europea, Hamlet y Segismundo, personajes de teatro, perduran en el lapso del tiempo y el espacio. El Hamlet de Shakespeare está acosado por la duda, razón por la cual tiene una voluntad hecha para el fracaso y la tragedia. Pero el Segismundo de Calderón de la Barca se atiene al desafío del mundo con determinación reflexiva. Se le considera héroe de la política y el amor. Entre esas dos actitudes se ha desenvuelto, en parte, la civilización occidental.

Según el autor, el pensamiento de Renato Descartes facilitó las ramificaciones del materialismo en Francia, Inglaterra y Alemania. Los horizontes del marxismo comenzaron desde entonces. Con discreción y serenidad, la proyección de este pensador se hace necesario estudiarla a fondo.

La *Canción de Navidad* de Charles Dickens invita a leerla, para conservar el espíritu de las festividades del nacimiento de Cristo. Es necesario mantener viva la tradición de los orígenes de la civilización occidental en cuanto a la mentalidad religiosa.

En torno a la novelística rusa del siglo XIX, Nicolás Gogol, el desazonado de *Almas Muertas*; Antón Chejov, el de *El jardín de los cerezos*; León Tolstoi el de *La Guerra y la Paz*; y Fedor Dostoievski, el de *Crimen y Castigo* como *Los hermanos Karamazov*, dos obras patéticas, el escritor colombiano

manifiesta su admiración por el alma sufrida del pueblo de las estepas a través de estos libros. En el fondo auscultaba el sufrimiento de toda una nación sometida a la interminable dictadura de varias generaciones. De ahí que Laureano Gómez, líder conservador colombiano, concluyera que la “salvación viene de Rusia”, porque desde la raíz de esa situación política tenía que germinar un mensaje de recuperación del hombre y la sociedad en sentido cristiano.

Según Dangond Uribe, Nietzsche va por otro camino. Era un filósofo enfrascado en emociones contradictorias. Supo pretender la gloria de lo imposible. La impiedad y el caos le colocaron en el tinglado de la blasfemia cuando expresaba que el cristianismo constituía un foco de corruptelas y de destrucción social en medio del desorden imperante de su tiempo. Puesto que unía la demencia y la santidad, defiende el idealismo puro para un cristianismo aristocrático de seres superiores y llenos de virtud, concebida ésta como “una noble locura”. Al considerar la moral de los cristianos adecuada para esclavos, opuso “el sentido de la tierra” de Zaratustra, cuyo mensaje abogaba por el predominio de la voluntad del superhombre, sublimador de la maldad, la dureza y la violencia. En virtud de no poder realizar su cristianismo adulterado, se vio envuelto en el remolino de un conflicto interior con fondo de tragedia. No se encontraba en condiciones de llevar a cabo el evangelio de Cristo en un ambiente de paganismo y ateísmo. A su manera influyó en el movimiento nazi. El “derecho” de imponerse el superhombre, de la raza aria en el mundo, resultó una desviación que culminó en una desgracia para la humanidad. (ps.157-172.T.). Quienes derrocan sistemas políticos y religiosos actúan

con resentimiento colectivo la mayoría de las veces. El revolucionario agita y destruye para cimentar otra estructura ideológica y política. El pensador, ante la pesadumbre por los desafueros cometidos contra el hombre, busca la zona sublime donde el espíritu se desfoga con fe de humanista. Dangond Uribe escribe al respecto:

Los tipos característicos de la genialidad contemplativa son los creadores de los monumentos literarios. La tristeza del Dante produjo la Divina comedia. La vida miserable de John Milton se sublimó en el canto al Paraíso perdido. Miguel de Cervantes idealizó en don Quijote la tragedia de los hombres volcados sobre sus propias desventuras. Shakespeare creó a Hamlet, que expresa la plenitud de las angustias humanas. La obra de Goethe es una sinfonía de tristeza. La montaña mágica, de Thomas Mann, albergó criaturas enfermas, introvertidas, que se elevaron, por eso, sobre la monotonía del tiempo y la llanura. El juego de abalorios de Hermann Hesse, es un canto a la soledad. El Ulises, de James Joyce, cuyo personaje es el alma del hombre moderno, está saturado de melancolía. T. S. Eliot, con su Tierra baldía, interpretó los dolores de una generación atormentada. Cuando se reflexiona sobre las cosas humanas, siempre hay algo que produce melancolía. (p. 59-T. I).

Si la cosmovisión de Dostoievski se ubica entre el bien y el mal, la libertad de conciencia seduce pero al mismo tiempo duele. Thomas Mann aborda la temática del bien y el mal como el *fatum* o destino de los griegos en *Doktor Faustus*. Pero en *La montaña mágica* alude al concepto del

tiempo circular en perfecta inmovilidad. Dangond Uribe se pregunta: “¿Qué ha sucedido en este tiempo mientras vamos viviendo y pasando a través del tiempo y de la vida?” (p. 97. T. II). Otro elemento se destaca con Franz Kafka, autor de *El proceso*, obra vinculada a la injusticia de un procedimiento interminable que experimenta el sindicado, por las interferencias indebidas, en la aplicación de la ley. *El castillo* se interconecta con la anterior novela, porque el agrimensor jamás llega a posesionarse de su cargo. Los tres escritores tienen nexos entre sí en relación con nuestra contemporaneidad y en diferentes puntos enlazados con la tradición literaria de Occidente.

Winston Churchill estuvo empeñado en preservar el Imperio Británico, y la India, con Gandhi a la cabeza, se independizó. Sin embargo, con decisión inquebrantable, supo derrotar al nazismo. La Gran Bretaña subsiste; la esvástica desapareció. Churchill es un historiador reflexivo a la manera de los clásicos. En la *Historia de los pueblos de habla inglesa* y *Memorias* destaca su genio literario y la interpretación del siglo XX como testigo de acontecimientos mundiales. Traemos a la memoria que Clement Attlee, en la oposición, hizo un discurso en honor de Churchill al afirmar que “no venía a enterrar a César sino a alabarlo”. ¡Reminiscencias romanas en 1954 cuando el dirigente cumplía 80 años!

El hecho de que Charles Chaplin figure como el símbolo de la actuación, en el siglo XX, es porque posee la elocuencia de los grandes personajes del teatro de Grecia y del siglo XVI, para dirigirse hasta a la humanidad de épocas venturas.

III

DE LAS REVOLUCIONES AL YO PERSONAL

Las revoluciones modernas se han analizado desde vertientes encontradas. Nacen, crecen y decaen. En el Estado y la sociedad sobrevienen cambios en la economía, el derecho, la propiedad, el arte y las costumbres. Después de un discurso riguroso y efectivo para la consolidación del movimiento revolucionario, sus contenidos se desgastan y se desmoronan en ambigüedades.

Además de las revoluciones mayores, la de Francia y la de Rusia, las que le siguieron con tintes regionales o locales carecieron de originalidad. La revolución mejicana, que fue anterior a la soviética, adolecía de urgencias por la distribución de la tierra. Hoy día no existe asomo de ella. Los conatos revolucionarios posteriores no alcanzaron dimensión alguna. La revolución cubana adquirió contornos más amplios en profundidad. Cuanto se intenta ahora en Venezuela apenas va en camino; decidir de antemano su proyección futura es aventurado. El viraje de varios países de Iberoamérica en relación con el imperio norteamericano, marca pautas sectoriales en el continente, pero ignoramos hasta dónde alcanzarán las directrices de sus relaciones internacionales. Hay un cambio notable, sin duda.

Iberoamérica no ha conocido la tierra prometida. La “gran nación” de la Carta de Jamaica (1815) la percibimos todavía como un punto perdido en el horizonte de la historia. Colombia ha estado frustrada desde la época de Bolívar. La polémica entre Alfonso López Michelsen (*La estirpe calvinista de nuestras instituciones*) y Leopoldo Uprimny (el ensayo *La evolución del pensamiento político del Libertador y la*

Constitución de Cúcuta), y luego los aportes de Alvaro Gómez Hurtado (*La revolución en América*) y Nicolás Salom Franco (*Raíces teológicas de nuestras instituciones políticas*), nos indican que las divergencias internas no permitieron el flujo de la revolución de la independencia.

Las nuevas instituciones—explica Dangond Uribe—deberían concebirse no al socaire de ideologías presuntuosas, extrañas y ajenas al espíritu nacional sino a imagen y semejanza de su temperamento o repeliéndolo, si fuese necesario para lograr el bien común, pero de todas maneras conociéndolo perfectamente y contando con él. Por eso, sería preciso evitar todos los extravíos del sistema federalista, que había causado la anarquía del cuerpo de la nación, su extrema debilidad y su recaída, frustrando las primeras acciones revolucionarias. Por el contrario, se debía estimular la fuerza centrípeta del poder, para estabilizarlo. Solamente de este modo podría concluirse la parábola de la revolución. (p. 4II-T.II).

La revolución bolivariana quedó interrumpida primero y malograda después. Ahora se necesita recomenzar partiendo de un orden cristiano, de una renovación política, de una reconstrucción económico-social y de unas proyecciones continentales y universales. La política y el amor a la humanidad van parejos. Lo nuevo es seguridad, estabilidad, permanencia, dinámica de la tradición y la cultura, imperio del Derecho, equidad, justicia, paz, ciencia y tecnología al servicio del hombre. He ahí la tarea.

Mientras plantea todo esto, se refiere también a la revolución “amarilla”, con la cual tocará convivir y compartir el mundo

al lado de Estados Unidos y Europa. Mao Zedong, líder de la revolución china, triunfó en 1949 para que se diera, treinta años más tarde un vuelco de ciento ochenta grados. Lo que originalmente fue un movimiento de campesinos, se convirtió en un gigantesco emporio económico de carácter bifronte: es capitalista y comunista a un mismo tiempo. El ying y el yang de los antiguos filósofos todavía opera de manera única y especial. El dragón chino está rugiendo como Napoleón presentía. China posee el mayor número de millonarios en dólares del mundo entero. La contraparte de China es el Japón, el país más pacífico de nuestra época, y ejemplo de relaciones internacionales con capacidad planetaria en comercio. La correlación China, Japón e Iberoamérica traería grandes equilibrios continentales, en el área del océano Pacífico a través de vínculos económicos, científicos y culturales.

En términos generales, muchas cosas han desengañado al autor. Cuitas, espinas, saudades. Tal vez residuos del agónico destino de su patria. Experimenta el malestar dentro de la cultura; pone énfasis en Jorge Luis Borges cuando expresa que nuestro continente no existía por faltarle hasta ahora el impulso de realizar obras sobresalientes.

Desde el fondo de sus inquietudes, Dangond Uribe se ha decidido por el antimaquivelismo de su ética frente a la política y a la vida de sus conciudadanos. Ni soberbia ni vanidad lo animan. Sólo palpita para él la entereza de un intelectual responsable consigo mismo. La fuerza moral prevalecerá en la política. El genio político deja huella en la historia de los pueblos. La política en grande se desarrolla

La revolución bolivariana quedó interrumpida primero y malograda después. Ahora se necesita recomenzar partiendo de un orden cristiano, de una renovación política, de una reconstrucción económico-social y de unas proyecciones continentales y universales.

en oposición a la indisciplina del desorden y la ineptitud. Los partidos con dirigentes corrompidos carecen de futuro por ausencia de ideas. El Derecho necesita una transformación social para que la constitución sea adecuada al cambio. Lamenta el poco afecto dado a los menores de edad. Por ello recurre a Dostoievski, en las palabras angustiosas de Iván Karamazov: “Si todos vosotros estáis obligados a padecer para comprar con vuestro dolor la eterna armonía, ¿dónde caben los niños? En esa lamentable situación, ¿dónde ponerlos? ¡Desde todo punto de vista resulta incomprensible que los niños también tengan que padecer!” (p. 97.T. I; igualmente en p.160.T. II).

La guerra y la paz siempre representan el mal y el bien en la historia. El escenario occidental tiene una trayectoria que ha llegado al límite máximo de la explosión nuclear. Los países validos del poder atómico amenazan con la muerte de todos. Sería el holocausto universal. La no violencia, en definitiva, constituye la filosofía de la humanidad. Así puede continuar la política, porque el conflicto bélico—Clausewitz fue reemplazado por Sun Tzu, autor de las frases “Nunca ha existido una guerra prolongada de la cual se haya beneficiado algún país” y “El arte supremo de la guerra consiste en domeñar al enemigo sin combate” (ps.126-127.T. II)— se convierte en un acto de locura, pues causa destrozos al género humano en términos incalculables. Con Clausewitz (“La guerra es la continuación de la política por otros medios”) resulta imposible la obtención de la paz. Necesitamos instrucción y práctica en el lenguaje del entendimiento social. La convivencia implica escoger el sendero de la recuperación y trascendencia del hombre.

Por cierto, Nelson Mandela ha dicho que valorar diferencias es comprender.

Dangond Uribe tiene el mérito de exponer ideas y soluciones para una Iberoamérica confundida y apocada. Sostiene sus tesis con lucidez y franqueza.

IV

FRANCISCO EL HOMBRE, UNA LEYENDA INTERNACIONALIZADA

Por último, merece también evocar las páginas dedicadas a la leyenda folclórica de Francisco el Hombre. Dangond Uribe, por encima de quienes han escrito acerca de tal personaje, sea Consuelo Araújo Noguera, Ciro Quiroz Otero, Jaime Mejía Duque o Ángel Acosta Medina para no citar a otros más, utiliza a uno de sus parientes del siglo XIX, a Francisco Dangond López como el auténtico juglar nacido en Villanueva, población donde los antepasados suyos iniciaron su asentamiento en suelo colombiano. Era hijo de François Dangond, oriundo de la ciudad saboyana de Annecy, quien llegó a Colombia hacia 1840; su madre fue Eusebia López. Esta versión, según el refrán italiano, si no es cierta, está bien imaginada.

Desde pequeño mostró afecto por el *bel canto* y las melodías populares. Improvisaba canciones y tocaba el acordeón con inusitada habilidad. La letra y la música de sus composiciones se repetían por doquier en la Provincia de Padilla y el Valle de Upar. Una noche entre truenos y relámpagos, el diablo desafió a Francisco el Hombre, aún de corta edad, en medio de la celebración de la Misa de gallo en vísperas de un año nuevo. El joven respondió, valido de audacia y coraje, al reto del maligno. Con el Credo recitado de atrás para adelante puso a su enemigo a la defensiva y lo derrotó.

Quienes presenciaron la disputa de esas tonadas contrapuestas, se asombraron cuando vieron al tenebroso ser difuminarse entre volutas de humo y el instrumento utilizado por él reducido a cenizas en el suelo. De este modo, Francisco el Hombre “fue el más ilustre de los compositores y juglares de todos los tiempos, con derecho a sucederse a sí propio o a designar su sucesor, si fuere el caso” (p.317. T. I).

Permítasenos una digresión. Erasmo de Rotterdam, en remembranza del gallo pitagórico –filósofo, varón, mujer, rey, pez, rana o esponja–, conocido como el de las voluntarias metamorfosis, consideraba al hombre un ser miserable al entrometerse en la vida zoológica como bien quisiera, para acomodarla a su servicio con egoísmo y burla de natura. Nos dejó un apunte al respecto: “Si cuando se encierra a los pájaros en una jaula se les enseña a imitar la voz humana, es admirable cuanto pierden de aquella gracia natural suya. Lo que creó la naturaleza es en todos sus aspectos siempre más agradable que lo mixtificado por el arte” (*Elogio de la locura*, cap.34). Pero en el caso de la presente obra, la excepción cumple su cometido, porque los pajaritos de que hablaremos dejaron las jaulas y gozaron de libertad. En la Ciudad Luz los amaron, los admiraron y los complacieron dentro del mayor acato, y su historia es un canto a la belleza del mundo.

Se trata de dos turpiales de la Guajira colombiana –de Carraipía por más señas–, que los Dangond llevaron, a principios del siglo XX, a París. Ambos, por lo geniales y únicos cantan música selecta, arias, canciones rusas. Micael y Micaela brillan por sus dotes ante el público estupefacto. Micael fue enterrado entre las breñas del Monte Blanco

y cada mes de septiembre la descendencia de tres mil aves asiste a la ceremonia de revivificación. ¡Allí suenan en coro las melodías de Francisco el Hombre! El trovador suramericano, pues, se inmortalizó en Europa.

Sin duda alguna, el autor aclara lo que significa la dulzura transfigurada en una imagen onírica. Sobrevalora la intuición aérea sobre la terrenal. De algún modo el espíritu prevalece sobre la materia. Es que el brío íntimo se convierte en firmeza anímica del escritor al decir que “Micaela colocó sus lágrimas congeladas en forma de cruz sobre el lugar” (p.352. T. I), o sea, cerca del lago Annecy, de cuyas inmediaciones provienen los Dangond.

El relato discurre a la manera de un manantial fresco, transparente. Como los de la Sierra Nevada de Santa Marta. Las formas estilísticas logran el máximo despliegue con estas palabras humanas trasladadas a los sentimientos propios de las avecillas:

Micaela miraba el cuerpo estremecido del amor de su vida, veía sus ojos brillantes, límpidos, serenos, sonrientes, amorosamente perdidos en la contemplación de las inmensidades y sabía que el Señor de los pájaros y de los hombres le había otorgado el privilegio de ver la luz del mundo y la paz, en su figura verdadera: un turpial bondadoso, enamorado, yaciente, sobre la cumbre silenciosa, iluminada por los rayos del sol sin interferencias, envuelto en la música de su vitalidad enardecida por el esfuerzo, feliz al término de su jornada, sin culpas ni reproche, rodeado por el aire purísimo de las alturas y el amor sin provechos ni limitaciones (p.351.T. I).

En las crestas de las montañas, donde se expande el cielo, la ascensión alcanza un

clímax de grandeza ante el embeleso del panorama. Se percibe la armazón imponente del universo. El amor, entonces, es plenitud, continuidad, esclarecimiento. Al levantarse la frente se agudizan los ojos. Todo nuestro ser se vuelca al oftalmos. En el fondo hay una visión que sensibiliza y exalta el espíritu de los hombres. Esa felicidad apacible, nacida en la infancia y la juventud, brota como una alegría subyacente. Desde ese estado anímico, la interioridad trasplanta dichos modos al origen de los recuerdos vividos. Preexiste allí una metáfora que antes fue una realidad. El virtuosismo del estilo la engrandece, la acrisola. Por eso la libertad del espíritu adquiere resonancias y dimensiones con los placeres del canto en medio del júbilo. En definitiva es un “divino arrebató”, para mencionar a Shelley imbuido de frenesí poético. Las fibras de la emoción conmueven esos esplendores del alma. ¡Imaginemos, imaginemos, imaginemos, oh vivientes! Y volvamos a Valery cuando en el *Cementerio Marino* nos comunica que “El tiempo es luz y el sueño saber”.

Si los europeos leyeran estas páginas, las examinarían al lado de los textos de Gabriel García Márquez. El “realismo mágico” fue un estilo literario que se puso de moda y sorprendió a numerosos lectores que lo asemejaron a un imaginario del Caribe. El autor se cuida de eso y penetra en el corazón del viejo continente, teniendo en cuenta el bagaje de los mismos aportes europeos a la música y a la literatura. Y no solo aprovecha las leyendas sino toda la tradición occidental. En su respaldo están las lecturas de los literatos antiguos, de los alemanes, de los rusos, de los franceses, de los italianos, de los ingleses, y de los españoles. El aprecio

por la música clásica demuestra la finura artística y estética del escritor. Dangond Uribe interpreta la historia y la literatura desde otros ángulos, sin sujetarse a pie juntillas a los conceptos de los humanistas.

El relato concluye con una idea que los europeos difícilmente podrán cambiar. Dice del tío paterno Manuel María: “...era como el Flautista de Hammelin, un espíritu bondadoso y andariego, seguido siempre por innumerables aprendices de música y de flauta, que tocaba a la perfección” (p.355. T. I).

Si asociamos al flautista europeo con las otras versiones de Francisco el Hombre, encontramos una gran lejanía entre los dos. El de Hammelin hurgaba rápidamente con los dedos en los agujeros circulares de su instrumento y ahuyentaba los ratones invasores de un pueblito. Al no recibir el pago merecido resuelve seguir resonando con ímpetu su instrumento, para llevarse consigo a todos los niños y jóvenes de la aldea.

Francisco el Hombre tiene una discrepancia con el diablo en duelo de acordeones. Venció al demonio pulsando el Credo al revés. En el Flautista de Hammelin hay desquite por dinero; Francisco el Hombre actúa en defensa de valores religiosos.

Alberto Dangond Uribe tiene la psicología del escritor que presiente el porvenir. En ningún momento se convierte en el pregonero de calamidades ni de la huída al edén perdido porque sintetiza, ahonda y compulsiva por el deseo de veracidad. Sensiblemente, va hasta el fondo de sí mismo deshebrando la reinención de su aventura intelectual. Así navega en una especie de corriente migratoria de Iberoamérica hacia Europa. Una población en proceso de envejecimiento necesita

cierta inyección de energía vital. Los colibríes esparcidos por miles en tierras europeas indican un secreto apoyo a esa inquietud no transcrita en el texto. De alguna manera, en el subconsciente del autor se encuentra el presunto ánimo de propiciar otra mixigenación o fusión de sangres para corresponder a lo que iniciaron los españoles y los portugueses en América. Y es que dentro de la entraña de los acontecimientos actuales, a nuestro parecer, se gesta la tercera faceta de la civilización judeocristiana de Occidente en Iberoamérica. Europa, EE.UU. e Iberoamérica se están preparando para el entrecruzamiento de altas culturas mancomunadas en el curso de los siglos venideros.

¿No nos encontramos ahora obligados a pensar y actuar en función de pasado, presente y futuro? La ética anima y exalta cuanto toca como pilar de rectitud. Después de esto queda abierta la perspectiva de los logros por alcanzar.

V

ORÍGENES DEL ACORDEÓN Y SIGNIFICACIÓN DE FRANCISCO EL HOMBRE

Conviene hacer referencia al fenómeno ocurrido alrededor del acordeón y su trayectoria en Colombia. Hay en el movimiento folclórico la revelación de la autenticidad propia. Como quien dice de la constitución mental del mismo pueblo. En el fondo de él no existen tendencias iniciáticas ni esoterismo a la manera de algunos personajes de *Cien años de soledad*. Solo trasmite la flor pura de cuanto expresa su alma frente al mundo circundante. El trovador costeño se comunica sin connotaciones nihilistas. Solo sabe desplegar la imaginación de los tiempos iniciales, que flotaban en torno a retratos o sucesos familiares en el ir y venir

de las aldeas. En resumidas cuentas, cantos de amor, gemidos, angustias, desesperación, alegrías, retos musicales, elogios del licor, religiosidad, familiaridad, esperanzas, confidencias, etc.

Eran obras breves, recuentos de noticias que iban de población en población, donde se resaltaba la geografía regional del Caribe colombiano con alcances emotivos e informativos.

Así, el transcurrir lento de los grupos sociales, sin industrias ni negocios crecidos, aumenta, paso a paso, el número de los juglares de orígenes plebeyos, de rostros finos y amigables, de genio improvisado y corazón abierto. Todo ese folclor preliminar con antecedentes en España, se fue extendiendo por el norte de la costa atlántica desde la Guajira, pasando por el Cesar y el Magdalena, hasta el Atlántico, Bolívar, Sucre y Córdoba en un entrecruzamiento de cambios en los matices tonales y temáticos. En ello va implícito el trasfondo de la sensibilidad y los pensamientos de las gentes del Caribe. A través de la ola soterrada de esa expresión de la cultura popular, el efecto hermanador nivela y asimila la fertilidad incipiente de la unificación del acordeón, que comenzó a usarse por primera vez a mediados del siglo XIX en la ciudad de Riohacha. Hoy día se ha generalizado en Colombia y en parte de América, y constituye un auge sin par, en la comercialización de la música de mayor consumo, conocida como el “vallenato”. Los mismos ritmos varían en sus tipificaciones regionales y por eso mantienen la especificidad de sus fuentes de acuerdo con la pluralidad del gusto de cada generación y el crecimiento subjetivo y externo, del sector de la sociedad que los produce.

En cuanto al legendario Francisco el Hombre, se establece con él una radical diferencia entre el bien y el mal por la actitud de repudio del diablo como incitador de la perversidad. Del mismo modo refleja que el hombre no ha perdido su sentido religioso. Con el demonio no surge ninguna gran aventura al estilo del Fausto de Marlowe, Goethe o Thomas Mann; pero puede aparecer una obra dramática o novelística de igual estirpe con el interlocutor criollo, quien, por el contrario rechaza al Ángel de las Tinieblas con temblor bravío, con música, con arte, con certeza. A pesar de tener la llama de la gracia presente el descontento divino. Vacila entonces. De pronto da muestras de valor ético. Las distintas versiones conocidas de Francisco el Hombre, indican una visible pertenencia suya al universo del Trinitarismo católico

—romano por sus características. Su triunfo en cuestión debió producirle lágrimas de alborozo. Se sostuvo en el grupo de los creyentes, "...porque mi Dios lo dispuso fue así y a Él no se puede contradecir..." al atenernos a una rústica expresión hasta ahora designada a su autoría como rapsoda popular.

En consecuencia de todo lo dicho hasta aquí, Alberto Dangond Uribe recibe los aplausos de su generación, a la cual honra por su exquisito estilo literario y el acierto en sus planteamientos históricos. Por su nobleza de espíritu, las causas defendidas por él las respetan tirios y troyanos aunque no las compartan. La autonomía de su intelecto le ha permitido, pues, sobresalir en el augusto señorío de la inteligencia de nuestro país.